

La globalización y el sistema-mundial neomoderno frente a las armas de destrucción masiva y la seguridad humana: hacia un materialismo histórico de derechas

Por Carlos Escudé

Profesor del Departamento de Ciencia Política y
Director del Centro de Estudios Internacionales y de
Educación para la Globalización (CEIEG)

RESUMEN

Hay procesos inexorables. Uno de ellos, ya casi consumado, fue la eventual transformación del planeta en una sola unidad debido a la acumulación de tecnologías de transporte, comunicación y armas de destrucción masiva. Aunque el triunfo del capitalismo nada tuviera de inevitable, esta globalización material bajo uno u otro signo ideológico sí lo era. Este ensayo se propone demostrar que desde el neoliberalismo hasta el neomarxismo, una multitud de analistas del mundo contemporáneo incurrió en errores metodológicos similares, que impidieron comprender la inexorabilidad de la globalización y los peligros emergentes para la humanidad entera en el ámbito de la seguridad. Un reduccionismo economicista común a ambos extremos y a varias posturas intermedias permitió abordar el análisis de la política mundial con mayor optimismo que el que estaba justificado, subestimando tanto el peligro de las armas de destrucción masiva como el de la técnica del suicidio místico asesino del terrorismo transnacional islámico. La corrección de este reduccionismo, mediante el simple trámite de ubicar en su lugar adecuado a los “modos de destrucción”, dentro del clásico esquema del materialismo histórico, conduce a lo que cabalmente puede llamarse un marxismo de derechas.

ABSTRACT

There is such a thing as an inexorable political process. One such phenomenon was the eventual transformation of the planet Earth into a single unit due to the accumulation of three types of technologies: transportation, communications and mass destruction. Although the triumph of capitalism was not in any way inevitable, this material globalization was inexorable under one system of economic organization or the other. The present essay attempts to show that a wide array of analysts of the contemporary world, from neomarxists to neoliberals, have incurred in similar methodological errors that have prevented them from understanding the inexorability of globalization, and the emerging dangers to the whole of humanity in the realm of security. An economic reductionism common to these schools has made it possible to harbor greater optimism about the future of the world than was warranted, underestimating the dangers that stem from both the proliferation of WMDs, and the mystical-suicide mass-assassination techniques of Islamist transnational terrorism. The correction of this reductionism, through the simple procedure of including the “modes of destruction” in their proper place within the classic model of historical materialism, leads to what can properly be called right-wing Marxism.

NOTA: Las opiniones expresadas en este artículo son del autor y no necesariamente reflejan las de la Universidad del CEMA.

La globalización y el sistema-mundial neomoderno frente a las armas de destrucción masiva y la seguridad humana: hacia un materialismo histórico de derechas¹

Por Carlos Escudé

"... however it may deserve respect for its usefulness and antiquity, [predicting the end of the world] has not been found agreeable to experience." -- Edward Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*

Introducción - El neomarxismo frente al advenimiento del sistema-mundial neomoderno

“El fin de la OTAN está cerca”. Así comenzaba un ensayo de Immanuel Wallerstein de 1982. Este fue quizás el más pintoresco indicador del sesgo economicista de la mayor parte del pensamiento e investigación académica en torno del concepto del “sistema-mundial”. Impresionado su autor por el crecimiento del Japón, la profecía incluía una era denominada “post-americana” (tal el título de la primera parte de la antología de Wallerstein, *Geopolitics and Geoculture: Essays on the Changing World-System*)². El fin de la Guerra Fría aún no estaba a la vista y sin embargo el vocablo “seguridad” no figuraba en el índice alfabético de esa compilación, ni tampoco en el de su extensa obra anterior sobre *El Sistema Mundial Moderno*³. Si uno busca “security” en el índice del volumen II de la edición de lengua inglesa de este estudio ya clásico, sólo tropieza con el vocablo “securities”, un concepto bursátil.

¹ Defino la “neomodernidad” como la etapa de la historia humana que comienza en Hiroshima. No hablo de “postmodernidad” porque asocio ese vocablo a una ideología antagónica con la modernidad. El presente ensayo se deriva de mi inédita *Ashley Lecture 2003-2004*, que impartí en Trent University (Peterborough, Ontario, Canadá) el 23 de marzo de 2004. Las traducciones al castellano de textos citados en este ensayo fueron realizadas por mí. Agradezco a Trent University por el *2003-2004 Ashley Fellowship* con que me distinguiera, y al Departamento de Historia de dicha universidad por su hospitalidad. También agradezco a Ryszard Stemplowski, director del *Polish Institute for International Affairs*, por su invitación a trabajar con la teoría del sistema-mundial a raíz de la tragedia del 11 de septiembre de 2001. Mi reconocimiento es extensivo a Tiziana Stella y Ira Straus, del *Euro-Atlantic Institute of International Integration Studies*, por la invitación a discutir estos temas en el contexto de la Conferencia sobre *Euro-Atlantic Integration and Russia after September 11*, en la Universidad del Estado de Moscú, el 30-31 de mayo de 2002.

² Immanuel Wallerstein, “North-Atlantism in Decline”, publicado por primera vez en *SAIS Review* n° 4, 1982, y luego en I. Wallerstein, *Geopolitics and Geoculture: Essays on the changing world-system*, Cambridge (UK): Cambridge University Press, 1991.

³ I. Wallerstein, *The Modern World-System*, volúmenes I a III, Nueva York: Academic Press, 1976, 1980 y 1988.

No obstante, las importantes intuiciones que subyacen a la reflexión sobre el sistema-mundial no parecen cuestionables. Por el contrario, y tal como sostiene Wallerstein, desde un punto de vista epistemológico se trata del único “sistema social” verdadero, en tanto incorpora el “tiempo mundial” al análisis comparativo.⁴ El sesgo economicista de su análisis, sin embargo, lo condujo a la subestimación del papel de la seguridad en el sistema mundial. No cabe duda alguna de que un pensador de su erudición estaba perfectamente consciente del papel de la fuerza armada en la preservación de los sucesivos órdenes que rigieron los destinos humanos. Sin embargo, excluyó este factor al momento de elaborar conceptos y acuñar teoría. Su definición es taxativa: “El sistema-mundial es la economía-mundial capitalista. Esta es la descripción de su estructura formal y su modo de producción (...)”.⁵

Este es un defecto teórico crucial, en tanto debería estar claro que los sistemas-mundiales poseen tanto una dimensión económica como militar (o “de seguridad”), y que a veces se produce un desfase entre estas dos dimensiones, de manera que el “centro” económico del sistema no siempre se superpone con su centro en materia de seguridad. Por cierto, el sistema-mundial moderno estaba compuesto no por uno sino por dos subsistemas: una economía-mundial capitalista y una estructura de seguridad fragmentada en dos alianzas antagónicas. Desde 1945 esta estructura estuvo caracterizada no sólo por su fragmentación

⁴ El reloj o tiempo mundial es un útil concepto que Immanuel Wallerstein atribuye a Wolfram Eberhard. Subraya la importancia del contexto global en el momento en que se produce un acontecimiento. Por ejemplo, no es lo mismo comenzar una industrialización en el siglo XVII (cuando no había potencias industriales) que en el XXI. Alejándonos de los ejemplos económicos que prefiere Wallerstein, está claro que para un Estado débil la violación masiva de los derechos humanos de su propio pueblo no tenía las mismas consecuencias a principios del siglo XX (cuando el alcance de las potencias hegemónicas estaba mucho más acotado debido al menor avance de la tecnología, y cuando Estados Unidos aún no había desarrollado su política de exportación de derechos humanos) que en el siglo XXI. Y una guerra total antes del desarrollo de armas de destrucción masiva era mucho menos peligrosa que en la actualidad: en este caso, otra vez la tecnología marca el tiempo del reloj-mundial. Este concepto de tiempo-mundial contribuyó a superar el paradigma de la “modernización” de las décadas del ‘50 y ‘60, que resultó engañoso. Ayuda a comprender porqué el desarrollo económico no puede entenderse, como pretendía Walt W. Rostow, en términos de una sucesión de etapas que se repiten en cualquier proceso de desarrollo (W.W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge: Cambridge University Press, 1960). También esclarece el hecho de que los países no se modernizan políticamente siguiendo etapas comparables, como lo entendía David Apter, a no ser que lo hagan bajo las mismas circunstancias mundiales (D.E. Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago: University of Chicago Press, 1965). Porque el reloj-mundial condiciona todos los procesos, ni un país ni una región del mundo es un sistema social en sí mismo. Es por eso que Wallerstein sostiene que el único verdadero sistema social es el sistema-mundial. *Ibidem*, Volumen I, p. 6.

⁵ I. Wallerstein, “Typology of Crises in the World-System”, publicado por primera vez en *Review*, vol. 2, n° 4, Otoño 1988 (Fernand Braudel Center), y luego en *Geopolitics and Geoculture...*, p. 107.

sino también por el creciente desarrollo y proliferación de armas de destrucción masiva: parafraseando a Wallerstein, esta es una descripción de la estructura, el modo de producción y *el modo potencial de destrucción* del sistema-mundial.

Más aún, desde el lanzamiento del primer Sputnik en 1957, la Unión Soviética se convirtió en un gigante militar capaz de destruir el mundo (es decir, claramente parte del “centro” de aquella estructura de seguridad mundial fragmentada). No obstante, no fue en modo alguno parte del centro de la economía-mundial. Cuando la URSS sufrió su colapso, la Federación Rusa ingresó a la economía-mundial capitalista como parte de la periferia, a pesar que desde el punto de vista de la estructura de seguridad (siempre fragmentada) del sistema mundial neomoderno, continuaba siendo parte del centro, debido a sus miles de ojivas nucleares y su capacidad para lanzarlas.

Por otra parte, no puede argüirse que, por tratarse de un denominador común a todos los sistemas-mundiales, uno pueda eliminar la estructura de seguridad de la descripción de los mismos, como quien despeja los componentes de una ecuación algebraica. Esto sería un error porque las estructuras de seguridad poseen un tiempo mundial propio, paralelo pero diferenciado del de la economía-mundial. Más aún, en medida mucho mayor que los modos de producción, los modos de destrucción están inextricablemente vinculados al avance tecnológico. Y éste es una de las pocas constantes antropológicas de la historia humana.

Por cierto, el ser humano casi nunca des-inventa nada. Cuando la Edad de Hierro reemplazó a la Edad de Bronce nunca volvimos a luchar con armas de este metal. Y cuando en 1945 se inventó la bomba atómica, su ominoso fantasma se instaló para quedarse. Lo mismo puede decirse de otras armas de destrucción masiva, químicas o biológicas.

Ciertamente, tanto la bomba de Hiroshima como los ataques mega-terroristas del 11 de septiembre de 2001 son puntos de inflexión en la historia humana. Simbolizan el advenimiento de una nueva era en que la humanidad ha adquirido los medios para su autodestrucción. La combinación de ambos acontecimientos es por lo menos tan significativa como la revolución neolítica y la creación del mundo moderno. Y una era de

estas características estaba destinada a materializarse en algún momento de la evolución humana, por la sencilla razón de que el avance y acumulación de ciencia y tecnología necesariamente habrían de conducirnos hasta este punto.

La inexorabilidad de una globalización en el largo plazo de la historia humana

El mismo razonamiento vale para la “globalización”. Independientemente del proceso histórico que hizo triunfar al capitalismo sobre otros sistemas económicos, y más allá de cuál sería el sistema que en última instancia alcanzara la hegemonía, debido al avance tecnológico el planeta inexorablemente se convertiría en una sola unidad.

Hasta podría afirmarse que las fuerzas que tornan inevitables a estos fenómenos están grabadas en el código genético del *homo sapiens*. Desde esta perspectiva, Wallerstein se equivocó una vez más cuando afirmó que “no existe ninguna línea secular inevitable de la historia humana”.⁶ La economía-mundial capitalista ciertamente no era inevitable, pero tarde o temprano ambos el advenimiento de las armas de destrucción masiva y la globalización estaban destinadas a convertirse en características del sistema-mundial. Sea maldición o bendición, una vez alcanzada la globalización e inventadas dichas armas, estos ingredientes del sistema-mundial están destinados a permanecer mientras sobreviva nuestra especie. La guerra capaz de eliminarlos aniquilaría a la humanidad y a la mayor parte de la vida en la Tierra.

Por lo tanto, una vez alcanzada la era de armas de destrucción masiva la alternativa no es “post-americana”, como lo predijera y quizá deseara Wallerstein, sino “post-humana”. Y fue en este punto de inflexión que el “sistema-mundial moderno” fue reemplazado por lo que bautizamos como “sistema-mundial neomoderno”. Un modo de producción capitalista, un *modo de destrucción masivo*, y la *democratización de los medios de destrucción* caracterizan a éste, tal como evolucionó tras el colapso de la Unión Soviética.

⁶ *Ibidem*, p. 106.

En tales circunstancias históricas la estructura de seguridad es más relevante que nunca. Su subestimación distorsiona la teoría aún más que en el pasado. Y la OTAN, a pesar de sus crisis y transformaciones, está más viva que nunca, aunque sea sólo un apéndice de la política exterior de los Estados Unidos.

La frecuentemente ignorada globalización de los medios de destrucción

Por otra parte, un sesgo economicista también está presente en la mayor parte de la bibliografía neoliberal sobre la globalización publicada desde 1990. Se trata de una bibliografía que, al igual que su antítesis de izquierda neomarxista, yerra en la definición de la globalización misma e ignora que ésta no es sino el proceso puesto en marcha cuando Isabel de Trastámara le dio el “sí” a Cristóbal Colón.

Por cierto, parece obvio que la globalización siempre ha tenido dos dimensiones. Una de ellas es a la vez política y económica; la otra es tecnológica y por lo tanto, *física o material*. La primera es el producto de negociaciones y procesos sociales; la segunda es un emergente de un impulso humano permanente. La primera es reversible; la segunda, irreversible.

Con el advenimiento de la era de armas de destrucción masiva en la historia natural del sistema mundial, la posibilidad de reversión o colapso del proceso de globalización política y económica acarrea consigo el grave riesgo de un holocausto humano definitivo. Es así porque la crisis política y económica aguda suele traer aparejada la guerra total, que con armas de destrucción masiva significaría el fin de la especie. Por lo tanto, la globalización de los medios de destrucción no sólo es mucho más relevante que la dimensión política y económica de la globalización: también es la razón por la que, normativamente, parece imperativo impedir el deterioro de ésta. Y esa deseable estabilización puede alcanzarse sólo mediante una creciente consolidación y profundización de la dimensión político-económica de la globalización.

Una hipótesis que emerge de esta línea de razonamiento es que si en las actuales circunstancias sistémicas se produce un aumento de la concentración de poder en el único

polo presente del sistema interestatal, la competencia geopolítica probablemente disminuirá y la estabilidad saldrá favorecida. Si, por el contrario, se produjera una “democratización” del poder mundial conducente a una estructura interestatal multipolar, habría menor estabilidad, lo que equivaldría al aumento de la probabilidad de un holocausto.

Obviamente, estas hipótesis explicativas, vinculadas a una normatividad científica, son independientes de la cuestión, también difícil y azarosa, de si a estas alturas del proceso de acumulación de poder es o no posible que emerja un verdadero polo militar alternativo a los Estados Unidos, en Europa o en la China.⁷ Por otra parte, es importante recalcar que las enunciadas son hipótesis *popperianamente* falseables, no certezas.⁸

En cualquier caso la apuesta es incierta, inexorable y tenebrosa. El advenimiento de una era de armas de destrucción masiva necesariamente viene de la mano de la posibilidad del Apocalipsis y no puede conducir al optimismo.

Un error metodológico generalizado

Por cierto, es sólo cuando el *materialismo* queda reducido a mero *economicismo* que es posible caer en la falacia del optimismo. Esto fue lo que aconteció con la mayoría de los autores neoliberales. Deslumbrados por los fenómenos económicos y financieros producidos por el colapso de la Unión Soviética, olvidaron o dejaron de lado la cualidad globalizadora de las armas de destrucción masiva, y la globalización pasó a ser definida por algunos como “el sistema que (...) reemplazó al orden de la Guerra Fría, es decir, el

⁷ Los europeos, por lo menos, no parecen dispuestos a sacrificar bienestar para realizar las enormes inversiones militares que serían necesarias a fin de comenzar a perfilarse como polo alternativo. Además, tampoco está claro que en materia de política exterior y de defensa, los principales Estados europeos hayan superado su sensibilidad frente a la cuestión de la soberanía nacional, cosa indispensable para la construcción de un súper-Estado. En cuanto a la China, gracias a su régimen dictatorial tiene la ventaja de poder instrumentar siempre la política más “racional” para su Estado. Al estar menos sujeta que Europa o los Estados Unidos a límites a la política exterior impuestos por la democracia, en el caso de un colapso norteamericano está mejor posicionada para eventualmente heredar la candidatura a sede del “Imperio” universal. Pero este desarrollo está condicionado a una premisa improbable: que el hipotético colapso de los Estados Unidos no venga acompañado de una nueva guerra total, que sería el holocausto final.

⁸ También podríamos postular las hipótesis opuestas: que un mundo bipolar o multipolar sería más estable que el unipolar, y que por lo tanto la “democratización” del poder militar mundial entre varios Estados sería una cosa buena. En la medida en que buscáramos su falsificación, para consolidarlas o descartarlas, no habría diferencia alguna en el planteo.

capitalismo de mercado”. Hacia fines de 1998 el capitalismo de mercado y la globalización, falazmente considerados la misma cosa, fueron glorificados por Merrill Lynch en avisos publicitarios que sostenían que “el mundo tiene apenas diez años de vida”, habiendo nacido presuntamente cuando cayó el Muro de Berlín en 1989. En tono celebratorio proclamaba:

“No sorprende que la economía más joven del mundo—la economía global—aún sufra desconciertos. Los delicados pesos y contrapesos que estabilizan a las economías sólo se incorporan con el tiempo. Muchos mercados mundiales fueron liberados sólo muy recientemente y están gobernados por primera vez por las emociones de la gente en vez de los puños del Estado (...). La difusión mundial del mercado libre y la democracia está permitiendo concretar las aspiraciones de legiones de individuos. Y la tecnología, apropiadamente controlada y distribuida liberalmente, posee el poder de borrar no sólo las fronteras geográficas sino también las humanas. Nos parece que para un infante de diez años el mundo sigue ofreciendo una gran promesa. Mientras tanto, nadie supone que crecer sea fácil”.⁹

Incluso autores académicos más sutiles y menos optimistas, como Robert Gilpin, tendieron a igualar la globalización con su dimensión económica:

“El vocablo ‘globalización’ comenzó a usarse popularmente en la segunda mitad de la década de los ’80 en relación con las enormes sumas de inversiones extranjeras directas realizadas por corporaciones multinacionales (...). Hacia fines del siglo las sociedades nacionales y la comunidad internacional enfrentan problemas que emergen de la globalización económica (...). Ésta ha sido culpada de una gama enorme de cuestiones, desde la creciente desigualdad en los ingresos hasta los altos niveles crónicos de desempleo (...).”¹⁰

⁹ Thomas L. Friedman, *The Lexus and the Olive Tree: Understanding Globalization*, Nueva York: Anchor, 2000, p. ix y xvi.

¹⁰ Robert Gilpin, *The Challenge of Global Capitalism: The World Economy in the 21st Century*, Princeton, Princeton University Press, 2000, p. 16-22.

Como se ve, Gilpin persiste en un uso históricamente acotado del concepto “globalización”, aunque nos recuerde que existe un enorme segmento de políticos, intelectuales y periodistas que tienen una visión negativa de los procesos involucrados, opuesta a la del optimismo neoliberal. La mención no es superflua, ya que esa es la percepción dominante en los círculos académicos del mundo entero.

Por cierto, desde el progresismo político liberal hasta la izquierda académica neomarxista prevalece una visión socialmente negativa de los procesos de globalización, junto con una definición acotada de este concepto que impide comprender la dinámica globalizadora inevitable del largo plazo histórico. Un caso significativo, que utilizaremos para ejemplificar, es el de Ellen Meiksins Wood, sin duda una de las grandes neomarxistas de nuestros tiempos, quien se refiere a lo que llama “el imperialismo actual de la ‘globalización’”. Wood esboza una teoría de la globalización cuando nos dice que:

“Los problemas que asociamos con la globalización—las injusticias sociales, la creciente brecha entre ricos y pobres, los ‘déficit democráticos’, la degradación ecológica, etcétera—no se deben simplemente a que la economía es ‘global’ (...). Estos problemas existen porque el capitalismo, sea nacional o global, está motorizado por (...) los imperativos de la competencia, la maximización de ganancias y la acumulación (...), que requieren poner el lucro antes que la gente. Estas compulsiones también exigen la constante expansión del capital. Aunque la globalización ha intensificado estos imperativos, es su resultado más que su causa”.¹¹

Y Wood se acerca a una definición del concepto cuando dice:

“La dimensión política de la globalización es (...) un sistema global de múltiples Estados, y el nuevo imperialismo adquiere su forma específica a partir de la relación

¹¹ Ellen Meiksins Wood , *Empires of Capital*, Londres y Nueva York: Verso, 2003, p. 44. p. 14-15.

entre el poder económico expansivo del capital, y el alcance más limitado de la fuerza extra-económica que lo sustenta.”¹²

Como ya debiera haber quedado claro, esta definición economicista e históricamente acotada del fenómeno de la globalización, que neomarxistas como Wood y Wallerstein comparten con progresistas como Joseph E. Stiglitz,¹³ con difusores del neoliberalismo como Thomas Friedman, y con grandes bancas de inversión como Merrill Lynch, es el punto de partida de una metodología que conduce necesariamente a percepciones erróneas e insuficientes de los asuntos contemporáneos.

Ciertamente, el pesimismo neomarxista se limita a los aspectos sociales de una globalización de signo capitalista. Y en convergencia con el progresismo y el neoliberalismo, el neomarxismo no se hace cargo de la posibilidad creciente de autodestrucción de la especie, producida por una acumulación tecnológica que es independiente del tipo de organización económica. Ni el neoliberalismo ni el neomarxismo alcanzan a comprender que desde este punto de vista, que es más macro que el de su propio análisis, cuando se alcanza una *globalización física (o material)* con proliferación de armas de destrucción masiva, la humanidad peligra independientemente de que la economía mundial sea capitalista o socialista.

La globalización en la historia

No obstante, aunque sin superar el economicismo, algunos historiadores eruditos evitaron la sobre-simplificación extrema derivada de acotar la globalización a lo acontecido desde la

¹² *Ibidem*, p. 6.

¹³ Hemos preferido concentrarnos en los extremos neomarxista y neoliberal, pero no obstante vale la pena citar la definición que aporta este notable economista: “¿Qué es este fenómeno de globalización que simultáneamente ha sido objeto de tanta condena y elogio? Fundamentalmente, es la creciente integración entre los países y pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costos de transporte y comunicación, y la reducción de barreras artificiales al flujo de bienes, servicios, capital, conocimiento y (en mucha menor medida) gente, a través de las fronteras”. Como se ve, Stiglitz se mantiene estrictamente dentro de los límites del reduccionismo economicista que criticamos. No hay en su discurso ni un atisbo de reconocimiento del lugar que le corresponde al desarrollo de medios de destrucción masivos como variable independiente en el largo plazo del proceso histórico mundial. Como en el caso de los neomarxistas, el relativo “pesimismo” de Stiglitz no capta el potencial apocalíptico del nuevo modo de destrucción masivo. Joseph E. Stiglitz, *Globalization and its Discontents*, Nueva York y Londres: W.W. Norton, 2002, p. 9

caída del Muro, recordando que en el siglo XIX hubo una previa “era de comercio y finanzas globales”, que trocó a su fin en 1914. En su *Globalization and History*, Kevin O’Rourke y Jeffrey Williamson rememoran la liberalización del comercio iniciada en 1860 por el Tratado Cobden-Chevalier entre Gran Bretaña y Francia, que desencadenó una serie de acuerdos similares que incluyeron a Bélgica, Prusia, Italia, Suecia, Noruega, España, Holanda, la Liga Anseática y Austria. Por cierto, la red de tratados Cobden-Chevalier, que fuera destrozada por la Primera Guerra Mundial, constituyó una premonición de la Unión Europea.

Este frecuentemente olvidado episodio de libre comercio y de flujos globales de mano de obra y capital, que hizo posible el desarrollo de países tan distantes entre sí como Canadá, Australia y Argentina, fue el producto tanto de la innovación tecnológica como de los acuerdos mencionados. La navegación a vapor, el ferrocarril y los cables telegráficos transoceánicos simultáneamente bajaron los costos del transporte e hicieron posibles las comunicaciones instantáneas. Gracias a estos factores, la enorme brecha registrada en 1820 en las cotizaciones de *commodities* en mercados distantes entre sí había desaparecido en 1914. Más aún, los mercados globales de capitales estaban tan bien integrados en 1890 como en 1990, y en el siglo posterior a 1820 alrededor de 60 millones de europeos emigraron al Nuevo Mundo, frecuentemente sin necesidad de visas y a veces ni siquiera de pasaportes.¹⁴ La analogía entre estos fenómenos de fines del siglo XIX y las postrimerías del siglo siguiente es notable:

“Dos importantes rasgos de la economía internacional al terminar el siglo XX caracterizaron también el fin del siglo XIX. En primer lugar, éste fue un período de rápida globalización: el capital y el trabajo fluyeron a través de las fronteras nacionales en cantidades sin precedentes, y el comercio de *commodities* floreció como consecuencia de los fuertemente decrecientes costos del transporte. En segundo lugar, hacia fines del siglo XIX se registró una notable convergencia en los estándares de vida, por lo menos en la mayor parte del conjunto de países (...) que denominamos la ‘economía atlántica’”

El recuerdo de este episodio es útil a nuestro análisis porque conduce a la reflexión sobre el porqué del colapso de la globalización económica del siglo XIX. Como se dijo, ésta se vino abajo como consecuencia de una gran guerra.¹⁵ *Pero la otra dimensión de la globalización no colapsó: por el contrario, la guerra se hizo global.* El colapso de la globalización económica, en el contexto de tecnologías cada vez más globalizadoras, jamás significó el final o la interrupción de la globalización. Tan solo ha significado el aumento de la probabilidad de destrucción *global*.

Por lo tanto, entendido en un sentido amplio, el proceso globalizador no puede detenerse ni impedirse. Las definiciones más estrechas del concepto “globalización” sólo sirven para distorsionar nuestra perspectiva del proceso histórico de largo plazo. Es una paradoja, pero tanto los neoliberales optimistas que limitan el vocablo a fenómenos de expansión económica posteriores a la caída del Muro de Berlín, como los neomarxistas pesimistas que deploran tendencias sociales regresivas consideradas producto de esos mismos procesos, recaen en un mismo error metodológico: acotar el significado del concepto a procesos económicos recientes.

Es por eso que el pesimismo del neomarxismo tiene un límite. Al ignorar la tendencia a la autodestrucción propia de una acumulación tecnológica que es inexorable, linda con un optimismo casi tan ingenuo como el del neoliberalismo.

No sorprende por lo tanto que el análisis de las falencias del neomarxismo nos conduzca a las mismas conclusiones que el estudio del reduccionismo neoliberal. El mero economicismo le quita los dientes al materialismo tanto de izquierda como de derecha. En ambos casos se olvida que, a diferencia de los aspectos comerciales, financieros y políticos de la globalización, que son reversibles, la *globalización material* del transporte, las comunicaciones y la capacidad de destrucción, es irreversible. *El error no estriba en el materialismo, sino en acotar lo material a lo económico. Corregido el error, la seguridad*

¹⁴ Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, *Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy*, Cambridge MA: MIT Press, 1999, p. 3-4, 38-39 y 119.

¹⁵ O como diría Wallerstein, un producto del “ciclo hegemónico y su transición”.

militar o su antítesis, la amenaza absoluta, se convierten en uno de los factores generativos supremos del proceso histórico.

Por cierto, si como supuso el marxismo, en alguna etapa histórica el desarrollo y empleo de los medios de destrucción estuvo determinado por cuestiones “estructurales” vinculadas a la evolución de los modos de producción, tal relación de causalidad ha cesado con la aparición de armas de destrucción masiva. En el sistema-mundial neomoderno el factor militar (es decir, lo que llamamos la estructura de seguridad) es más relevante que nunca jamás y ha adquirido autonomía frente a los procesos económicos. Un país subdesarrollado o una organización terrorista con acceso a armas de destrucción masiva pueden desencadenar la guerra total que destruya a nuestro mundo.

Obviamente, el agravamiento del problema del terrorismo de raíz extremista islámica, muy claro a partir de los mega-atentados del 11 de septiembre de 2001 y el 11 de marzo de 2004, sólo afirma la relevancia de la estructura de seguridad, tanto en el sistema-mundial actual como en la lógica subyacente a su devenir histórico. También en este plano fracasaron los análisis neoliberales y neomarxistas, demostrando otra vez que estos extremos de derecha e izquierda confluyen en el error metodológico. Ambos subestimaron el peligro, de manera análoga a la compartida subestimación de la amenaza proveniente de las armas de destrucción masiva.

Por parte del neomarxismo, ilustra este fracaso la compilación *Chaos and Governance in the Modern-World System*, publicada en 1999 por dos conocidos discípulos de Wallerstein, Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver. En su índice alfabético las palabras “árabe”, “atómico”, “extremismo”, “fundamentalismo”, “nuclear”, “Palestina”, “terrorismo” y “armas de destrucción masiva” brillan por su ausencia. “Israel” está presente tan solo en referencia al historiador Jonathan I. Israel.¹⁶

Por parte de los difusores del neoliberalismo, ejemplificamos el fracaso analítico regresando al ya citado Thomas Friedman, quien en su obra de 1999 calificó a Osama Bin

Laden como “un hombre enojado con superpoderes” que le declaró la guerra a los Estados Unidos. Lo menciona como si se tratara de un súper-villano de historieta. No lo trata como a un peligro mundial sino en tono casi festivo, como mero ejemplo de cómo la globalización ha dotado de mayor poder no sólo a algunas empresas sino asimismo a los individuos, generalmente para bien aunque a veces también para mal.¹⁷

La combinación de estos fracasos con la evidencia empírica de la emergencia mundial resalta lo que venimos diagnosticando: la autonomía de la esfera de seguridad militar frente a los factores económicos, en el nivel de gestación del proceso histórico de era neomoderna. La guerra y la paz ya no son la variable dependiente de un largo plazo determinado por el desarrollo de los modos de producción. Son demonios independientes.

Aparentes consecuencias normativas de la teoría corregida del sistema-mundial

Si aceptamos lo antedicho como válido, entonces el análisis de la estructura de seguridad actual y sus interconexiones con la economía-mundial adquiere una nueva relevancia. Para comenzar ese análisis podemos seguir apoyándonos (paradójicamente) en la escuela de Wallerstein. Por cierto, aún sin superar el sesgo economicista de su teoría, algunos análisis del sistema mundial han reconocido que la supuesta “crisis hegemónica” de la actualidad tiene algo de especial e históricamente único.

Según ellos el sistema-mundial actual padece una crisis de hegemonía porque desde 1945 hasta el presente los Estados Unidos han perdido entre veinte y treinta puntos porcentuales de su participación en el producto bruto mundial. Del 50% de la economía mundial que les correspondía después de la Segunda Guerra Mundial, su participación habría caído al 22% en la década de 1980 para luego estabilizarse cerca del 30% y posteriormente caer una vez más, tocando el 20%. Ese fue el costo de ganar la Guerra Fría primero y alentar el crecimiento chino después. Pero simultáneamente, su poder militar relativo creció enormemente en lugar de achicarse. Tal como lo observaran Arrighi y Silver:

¹⁶ Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver, *Chaos and Governance in the Modern-World System*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999; p. 275.

¹⁷ T.L. Friedman, *ob. cit.*, p. 14.

“La más importante novedad geopolítica de la crisis de hegemonía actual es una bifurcación en las capacidades militares y financieras (de las grandes potencias) que no tiene precedentes en anteriores transiciones de hegemonía. La bifurcación disminuye las probabilidades de guerra entre las unidades más poderosas del sistema. Pero no reduce la probabilidad de que la crisis de hegemonía actual degenerare en un período más o menos prolongado de caos sistémico”.¹⁸

Sin embargo, como vimos, la erosión de la hegemonía económica de los Estados Unidos es muy relativa, ya que ese país todavía representa, por sí solo, entre una tercera y una quinta parte de toda la riqueza generada anualmente en el planeta. Por lo tanto, el discurso sobre la “bifurcación” sólo equivale a reconocer que en el sistema-mundial neomoderno los centros de la economía-mundial y de la estructura de seguridad no están superpuestos, con la notable excepción de una única unidad, los Estados Unidos de América, que es simultáneamente la superpotencia de ambos “centros”.

Por cierto, el diagnóstico de Arrighi y Silver reconoce taxativamente que por primera vez desde que en el siglo XVI el “sistema-mundial” comenzó a abarcar todo el globo terráqueo, una incipiente crisis de hegemonía en la economía-mundial no ha venido acompañada de una erosión simultánea del poder militar relativo de la potencia dominante. Al contrario, a partir de la caída del Muro de Berlín la presunta crisis incipiente vino acompañada por la consolidación de ese poder, y en una medida tan avasalladora como jamás se haya visto en la historia registrada de la humanidad. Militarmente nunca estuvo un Estado tan por encima de todos los demás, ni siquiera en tiempos del Imperio Romano.¹⁹

Pero si este razonamiento es válido, entonces debe cuestionarse si realmente el mundo actual sufre una crisis de hegemonía, ya que la potencia hegemónica supuestamente declinante posee el poder militar necesario para afianzar su posición económica mundial por la fuerza. Sólo si insistimos ingenuamente en un reduccionismo económico podemos

¹⁸ G. Arrighi y B. Silver, *ob. cit., loc. cit.*

¹⁹ Ver Paul Kennedy, “The Eagle Has Landed”, *Financial Times*, 1º de enero de 2002.

pensar que, bajo estas circunstancias sin precedentes en la historia, es probable una crisis de hegemonía conducente a una era “post-americana”.

Dicho en otras palabras, supongamos:

- 1) Que la hegemonía estadounidense verdaderamente ha sufrido un proceso de deterioro que puede medirse por indicadores macroeconómicos;
- 2) Que no obstante, la proliferación de armas de destrucción masiva hace inviable y suicida una guerra mundial como mecanismo de transición hegemónica en el mundo neomoderno, pero
- 3) Que no obstante, dada la “bifurcación” de las capacidades militares y financieras, los Estados Unidos están en condiciones de imponerse militarmente sin arriesgar un conflicto mundial interestatal.

Dadas estas premisas, ¿no es la guerra de conquista de recursos económicos la táctica racional y casi inevitable para el Estado norteamericano, especialmente si viene acompañada de la ocupación de espacios militares estratégicos? ¿No es acaso lo que se requiere para convertir “su hegemonía declinante en una ‘explotación militar’”,²⁰ a los fines de eventualmente recuperar su plena hegemonía económica? ¿Y no se agiganta la conveniencia y motivación para tal conquista, si el territorio a ocuparse es contiguo a países que financian y exportan terrorismo? En suma, si nuestro razonamiento se ajusta al materialismo no economicista que hemos esbozado, ¿no era casi inexorable que Estados Unidos intentara la conquista de Iraq?

En su trabajo de 1999, Arrighi y Silver (quienes por lo demás siempre subestimaron el terrorismo) desestimaron una estrategia norteamericana de conquista, sugiriendo que conllevaría el caos.²¹ En contraste, guiados por un análisis similar al actual, en nuestro libro *Estado del Mundo* de noviembre de 1999 nos adelantamos a los atentados del 11 de septiembre,²² y en nuestros trabajos de enero de 2002 sugerimos que el intento

²⁰ G. Arrighi y B. Silver, *ob. cit., loc. cit.*

²¹ *Ibidem, ob.cit.*, p. 288.

²² C. Escudé, *Estado del Mundo*, Buenos Aires: Ariel, 1999.

norteamericano de conquista del petróleo del Golfo Pérsico era casi inevitable, y que para tener éxito minimizando riesgos los Estados Unidos debían llevarlo a cabo *en alianza con Rusia* (que estaría dispuesta a hacerlo a cambio de una participación en la explotación de esos recursos).²³ En los hechos la conquista se llevó a cabo en aislamiento, con resultados desastrosos en la posguerra.

Es de justicia aclarar que nuestro poder de predicción no tiene mayor mérito, especialmente en lo que concierne a los atentados del 11 de septiembre: el presidente Bill Clinton venía anunciando algo semejante desde el 14 de noviembre de 1994, cuando emitió su Orden Ejecutiva N° 12.938 declarando una “emergencia nacional”, en previsión de un acto terrorista de gran magnitud en territorio de los Estados Unidos. Esta era una información pública disponible para cualquiera con acceso a Internet o el *New York Times*.²⁴ Y nuestra predicción del asalto al Golfo, con su petróleo y ubicación geográfica estratégica, no es sino el producto de una simple aritmética desprovista del corsé de la moralina convencional del neomarxismo y la intoxicación ideológica del neoliberalismo.

No obstante, lo significativo es que un análisis correcto que identificara los peligros y conductas probables era posible incluso desde la periférica Buenos Aires, utilizando tan solo fuentes de información abiertas al gran público. El hecho de que fuera posible corrobora lo que hemos deducido analíticamente acerca de los errores compartidos por neomarxistas y neoliberales en su pensamiento acerca de la política internacional de la era neomoderna.

Más allá de los aciertos y errores de unos y de otros, la inexorabilidad del proceso que impele a la humanidad hacia una guerra “sin fin” quedó virtualmente demostrada. También

²³ C. Escudé, “The European Union and Global Security in the Postmodern World-System”, en Ryszard Stemplowski (comp.) *The European Union in the World System Perspective*, Polish Institute of International Affairs, Varsovia 2002; C. Escudé, “When Security Reigns Supreme: The Postmodern World-System vis-à-vis Globalized Terrorism and Organized Crime”, en R. Stemplowski (comp.), *Transnational Terrorism in the World System Perspective*, Polish Institute of International Affairs, Varsovia 2002; C. Escudé, “Unia Europejska i globalne bezpieczeństwo w ponowoczesnym świecie”, *Polski Przegląd Dyplomatyczny*, Vol. 2, N° 1 (5) 2002, y Карлос Эскуде (Carlos Escudé), “Европейский Союз и глобальная безопасность в мировой системе постсовременности (world-system)”, *Европа*, Vol. 2 (3), 2002, p. 96-130.

²⁴ M2 Presswire, 17 de noviembre de 1998; *New York Times*, 22 de enero de 1999; *Globe and Mail* (Toronto), 23 de enero de 1999.

se confirmó la incertidumbre de resultados, condicionados siempre por la posibilidad de errores de cálculo fatales. A la vez, tanto las armas de destrucción masiva como el suicidio místico asesino del terrorismo transnacional actual, subestimados por el neomarxismo, el progresismo y el neoliberalismo, crecientemente escapan al control de Occidente a pesar del poder militar sobrecogedor de los Estados Unidos. Esto no augura un mundo más seguro. Por el contrario, la mezcla es explosiva. Y lo más trágico es lo que la opinión pública, política y académica se niegan a comprender: que cada fracaso de la hiperpotencia nos pone un paso más cerca del Apocalipsis.

Por cierto, incorporados los modos de destrucción como variable independiente en el proceso de la historia humana de largo plazo, el materialismo histórico corregido no conduce a la “sociedad sin clases” del marxismo originario sino a una disyuntiva wagneriana: la formación de un Leviatán universal o la eventual guerra total que aniquilará a nuestra especie.